

Jiménez León, Marcelino (coordinador y editor), *El Fondo Guillermo Díaz-Plaja: perspectivas de un legado*, Barcelona, Octaedro, 2017, pp. 173.

El nombre de Guillermo Díaz-Plaja (1909-1984) es, para los lectores españoles e hispanoamericanos, mucho menos conocido que el de su hermano Fernando, el incansable viajero y polígrafo que se hizo popular en 1966 con la publicación del, por entonces, “atrevido” *El español y los siete pecados capitales*, primero de una serie de libros de título similar dedicados al tema en otras partes del globo. Sin embargo, su interés para la historia de las relaciones entre los ámbitos lingüístico y literario castellano y autóctono de Cataluña –en su papel de “hombre-puente”, como gustaba de presentarse públicamente a sí mismo– y, aún más, para el devenir de la historiografía literaria hispana de nuestra larga posguerra, es mucho mayor que el de su hermano y lo convierte en una de las figuras destacadas de la historia cultural de este país desde los años inmediatamente posteriores a la victoria franquista.

La obra y el legado documental de Guillermo Díaz-Plaja, conservados en el Fons Guillem Díaz-Plaja, custodiado en la barcelonesa Reial Acadèmia de Bones Lletres y en la Universitat de Barcelona, constituye el pretexto para la edición del libro que reseñamos y que encabeza la introducción debida al Dr. Marcelino Jiménez León y la Dra. Ana Díaz-Plaja Taboada. Lo forma una serie de artículos redactados por investigadores españoles y extranjeros vinculados a tareas relacionadas con el Fondo que iluminan diversas facetas de Díaz-Plaja que van de lo personal y anecdótico a los aspectos más comprometidos de su labor como docente e historiador de la literatura.

No faltan, como es lógico, algunas contribuciones que presentan al lector el Fondo Guillermo Díaz-Plaja desde el punto de vista de sus valores archivísticos. Así, Núria Jornet-Benito y Laura Vilchez dibujan los perfiles del Fondo, depositado en 1987 y 2006, deglosando la tipología de los materiales que lo componen, mientras que Anna Caballé se detiene en el valor documental de su sección epistolar (que cubre el periodo 1929-1984) como factor de preservación de la “memoria viva” del autor en su relación con buen número de personajes destacados de la vida literaria española de la posguerra, y señala la particular relevancia que cobra la correspondencia con varios de ellos, como Azorín o Américo Castro.

Anecdóticos o secundarios –aunque no faltos de interés– en relación con el núcleo de la actividad intelectual de Guillermo Díaz-Plaja son los artículos de Alberto y José Manuel Blecua, Mauricio Tenorio y José María Balcells. La afectuosa comparación que hacen los hermanos Blecua de su padre José Manuel con Díaz-Plaja en cuanto funcionarios, docentes vocacionales e historiadores de la literatura funciona a modo de esbozo de unas vidas paralelas en el contexto poco favorable de la vida intelectual española de la posguerra. Tenorio, por su parte, filtra a través de sus recuerdos familiares mejicanos la imagen de un Díaz-Plaja a la vez promotor de la difusión hispanoamericana de su obra y empeñado en un relativamente fallido establecimiento de puentes culturales entre la España de los cincuenta y los ambientes literarios –muy

ligados al exilio republicano— de un país poco dado a simpatías de ningún tipo hacia su “madrstra” metropolitana. Y, en fin, Balcells ilustra el intento de objetividad de Díaz-Plaja como “turista cultural” pionero en la China de 1978, visita que culminó una actividad viajera que abarcó más de treinta años y que, en este caso, produjo además unos interesantes “cuadernillos líricos”.

Las aportaciones fundamentales al volumen se centran en Guillermo Díaz-Plaja como docente —y teórico de la docencia— y mediador cultural entre los ámbitos catalán y castellano dentro de España. En este sentido, son iluminadoras las “Palabras de apertura” de Carles Bastons, que ponen de relieve la vinculación de las desencorsetadas propuestas docentes de Díaz-Plaja con el espíritu de la Institución Libre de Enseñanza y del Institut Escola catalán, animadas por un talante neo-ilustrado y liberal que concibe la docencia como un servicio público universal y de calidad.

La plasmación práctica de esa orientación docente se analiza en detalle en el trabajo de Antonio Martín sobre los manuales preparados por Guillermo Díaz-Plaja para la enseñanza de la gramática y de la literatura españolas, una tarea sometida a constante auto-revisión que produjo textos —tratados y antologías— de gran utilidad tanto para las enseñanzas primaria y secundaria (*El libro de las palabras* o las sucesivas ediciones de la *Historia de la literatura española a través de la crítica y los textos*) como para la difusión y conocimiento del legado literario hispánico —no sólo castellano— entre los sectores más formados de las clases medias, orientación que cristalizó, como se sabe, en su labor como director de la *Historia general de las literaturas hispánicas* (1949, 1967), proyecto que enlazaba con algunas líneas de trabajo, interrumpidas por la guerra, del extinto Centro de Estudios Históricos. Impulso de divulgación rigurosa que complementó su manual sobre *Literatura universal* de 1965, de ambición paralela a la de la contemporánea, y más conocida, *Historia* preparada por Martí de Riquer y José María Valverde.

La conexión formativa con el institucionalismo está también presente en el estudio de Conrad Vilanova y Raquel de la Arada sobre la defensa por Guillermo Díaz-Plaja de otro pensador catalán de erudición enciclopédica y altas exigencias estéticas: el noucentista Eugeni D’Ors, a quien puede considerarse como el segundo gran referente cultural de Díaz-Plaja, sobre cuyos planteamientos en materia de morfología de los estilos artísticos y literarios influyó enormemente. El europeísmo liberal institucionalista, que se prolonga en la influencia de figuras como Ortega y Gasset y, especialmente, Marañón, será uno de los motores silenciosos que impulsarán la misión, verdaderamente vocacional en un Díaz-Plaja al que, hasta cierto punto, cabría ver como un discreto miembro del “exilio interior”, de hacer de puente entre las culturas catalana y castellana de las que, por origen y formación, se reclama. De ese empeño, que, como él mismo afirmaba, correspondía a “los que pertenecemos a las Españas bilingües”, se ocupan, en fin, Julia Butiñá y Juan Miguel Ribera. En el díptico que firman, la atención prestada por la primera al interculturalismo ibérico que se refleja, por ejemplo, en los libros poéticos de Díaz-Plaja (*Los adioses*, *Poemas de Oceanía*) se completa con la lectura que hace el segundo de las influencias mutuas que fluyen, según aquel, de una a otra cultura hispana, en el contexto de la moderna teoría literaria comparatista.

Carlos Sainz de la Maza
Universidad Complutense de Madrid
csmaza@filol.ucm.es